

BX 2177

C7

V.4

NOVISIMO

AÑO CRISTIANO

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS, DIAS DE CUARESMA

Y FIESTAS MOVIBLES.

CONTIENE LA HISTORIA Ó RELACION DEL MISTERIO
QUE TOCA A LOS DIAS DE CUARESMA EN TANTAS PÁGINAS
COMO LA EPISTOLA;
UNA RECOLECCION DE RESPUESTAS DEL EVANGELIO DE LA MISMA
Y VARIOS EJERCICIOS PRACTICOS DE DEVOCION O PROPOSITOS VIRTUOSOS
TODOS REDACTADOS POR
DON JOSE MARIA DIAZ LIMENEN

POR EL P. JUAN CROISSAT

POR D. JOSE MARIA DIAZ LIMENEN



FONDA BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



NOVISIMO

AÑO CRISTIANO,

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS, DIAS DE CUARESMA
Y FIESTAS MOVIBLES.

DOMINGO

DE LA RESURRECCION DE N. S. JESUCRISTO,

Ó SEA

DOMINGO DE PASCUA.

ESTE es el dia feliz, dice el Profeta, que ha hecho el Señor: celebremos este dia con todo el gozo y alegria que nos sea posible. ¿Hubo nunca un motivo mas justo de regocijo que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los demás; es el fundamento de nuestra religion, el gaje seguro de nuestra felicidad, la base de nuestra fe y de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice S. Atanasio; ha hecho una fiesta continua de la vida de los hombres: ya no debe turbar nuestro reposo ninguna pena; ningun temor; nuestra esperanza ya no es vacilante ni incierta; y pues que nuestro Señor vuelve a vivir para no morir más, nosotros no podemos morir

sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo; justo es que habiendo sentido los dolores y las ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en la alegría de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los profetas; resuene todo el mundo en este dia dichoso con voces y cánticos de alegría para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos felices. (Joel, 2.) La muerte está vencida; el infierno deja libres sus mas ilustres cautivos; la tierra, antes del tiempo de la restitution general, se ve forzada á volver á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria; el cielo envia sus ángeles para anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor; los apóstoles salen por fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado en la creencia de este misterio; todo gira sobre esta verdad fundamental. Si Jesucristo no ha resucitado, dice S. Pablo, en vano predicamos, en vano creemos. Si Jesucristo no ha resucitado, dicen los Padres, todas sus promesas son vanas, toda nuestra esperanza viene á tierra, nuestra fe se desvanece, se estingue. Por mas que la divinidad de Jesucristo hubiese sido comprobada suficientemente, ya por las obras sobrenaturales que habia hecho durante el curso de su vida mortal, ya por los oráculos de los profetas que tan exactamente se referian todos á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte; los demonios arrojados de los cuerpos, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados; aunque tantas maravillas le autorizaban al parecer bastantemente en la cualidad de Hijo de Dios que tomó, con todo eso era necesario que resucitase, para que una verdad tan importante quedase fuera de todo ataque á todos los tiros de la calumnia. Puede, pues, asegurarse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo estaba aneja principalmente á su resurreccion. Esta es la prueba que él mismo daba. El Evangelio está lleno de las espresiones declaraciones que tan frecuentemente hacia á sus discípulos, no solo de los oprobios de su muerte, sino de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercer dia. No bastaba habérselo confiado á sus discípulos, si lo hubiera reservado de sus enemigos; por tanto tambien se lo manifestaba á éstos cuando se presentaba la coyuntura. Unas veces se servia de espresiones misteriosas y figuradas para despertar su atencion y su curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, con qué autoridad arrojé á latigazos á los que por un tráfico in-

digno profanan el templo; destruid, pues, este templo, y yo le volveré á edificar en tres dias. Y el templo de que hablaba era, dice S. Juan, su propio cuerpo. Despues que hubiereis destruido por una muerte cruel é ignominiosa este templo visible, que es mi cuerpo, yo mismo lo restableceré al tercer dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfecto. Vosotros me pedis, les decia en otra parte, un nuevo milagro para convencer vuestra incredulidad; los que he hecho, y de cuya mayor parte habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que pondrá el sello á todos los demás, y que ningun hombre puede hacer sino Dios. Este será el que representó en figura el profeta Jonás, arrojado con vida del vientre de la ballena. No obstante que eran figuradas, los judíos comprendieron bien estas espresiones; tanto se penetraron de su verdadero sentido, que apenas murió fueron incontinenti á Pilato y le dijeron: *Nos acordamos que aquel seductor ha dicho muchas veces durante su vida que resucitaria al tercer dia*; preciso es por consiguiente prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando todas las precauciones posibles para impedir que sea robado del sepulcro. En efecto, tomáronse estas precauciones: la autoridad del príncipe, la desconfianza de los sacerdotes, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardas, el sello de los magistrados, todo se puso por obra para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á despecho de ellos para hacer mas incontestable y mas sensible la verdad de la resurreccion. Si Pilato se hubiese contentado con enviar simplemente su guardia y dar las órdenes para que se velase en derredor del sepulcro, los judíos, dice S. Crisóstomo, hubieran podido desconfiar de la fidelidad de unos soldados extranjeros que no les reconocian como señores; y para quitar este pretexto á su incredulidad, Dios quiere que Pilato lo deje todo á la disposicion de los judíos, tan encaprichados en la idea de abolir la memoria del Salvador, y tan interesados en falsificar la prediccion de su resurreccion. Así es que para ello nada omiten; la piedra sola con que cuidan de cerrar la entrada del sepulcro, hubiera bastado por su peso enorme para asegurarles. No contentos con haber establecido una guardia de soldados aguerridos y de confianza al rededor del sepulcro, ponen el sello sobre la piedra. He aquí el sepulcro cerrado, sellado, y por decirlo así, situado. ¡Qué aparato mas glorioso para la majestad del Salvador! dice un santo Padre; ¿pero hay alguna cosa mas brillante para la gloria de la sabiduria y del poder de Jesucristo? porque en este mismo cuidado tan perspicaz y tan vivo de los judíos para procurar cuanto pudiese ser obstáculo á su desig-

nio, dice uno de los mas célebres oradores cristianos, encuentra con que confundirlos. Quiere que aquellos furiosos nada tengan que acusarse respecto de la vigilancia, á fin de que en nada tengan que recusarle respecto de la verdad. Los guardias establecidos para quitar á la resurreccion los medios de difundirse por el mundo, quitan á sus enemigos el medio de contestarla. Segun sus miras, lo hecho eran otros tantos obstáculos á la impostura; segun las miras de Dios, eran otros tantos apoyos a la verdad. Sin los soldados, hubiera sido necesario que los apóstoles hubiesen sido los primeros denunciadores de este prodigio; gentes sospechosas é interesadas en publicar este hecho; en lugar de que los mismos soldados son los que, testigos oculares de la resurreccion, la denuncian á los pontífices y confunden de este modo su malignidad. Porque acusar, como ellos lo hicieron, la negligencia y el sueño de los soldados, es un efugio ridiculo, dice S. Agustín, que hace todavía mas incontestable la milagrosa resurreccion del Salvador. Porque si los soldados velaban, ¿cómo han podido dejar á sangre fria romper el sello, trastornar la piedra y robar el cuerpo? Si dormian, ¿son admisibles para negar el prodigio? La ficcion es muy grosera para que tenga ni el menor vislumbre de probabilidad. ¿Es verosímil que todo un cuerpo de guardia se haya dormido? ¿que ni uno solo de tantos soldados se haya despertado al ruido que necesariamente ha debido hacer un gran número de gentes para remover la piedra, para sacar el cuerpo del sepulcro y hacerle pasar por una abertura tan estrecha á fuerza de brazos? ¡qué letargo á prueba de tanto ruido y tanto tumulto! Pero, y ¿quién ha podido inspirar un ánimo tan repentino, un atrevimiento tan peligroso á un puñado de pobres pescadores que habian huido apenas supieron la prision del Salvador, y de los que el mas determinado habia jurado que no era su discípulo, cuando una criada le acusaba de ello? Mas aun; si los discípulos se ven reducidos á robar el cuerpo de su Maestro, era preciso que estuviesen convencidos de que no podia resucitarse, despues de tantas seguridades como les habia dado, y viesen claramente que no era mas que un insigne impostor. Si es un impostor sobre este artículo esencial, ¿qué quieren hacer de su cuerpo? ¿qué pueden esperar del resto de sus promesas? ¿qué interés tenian en engañar á toda una nacion por sostener un impostor que les habia engañado á ellos? ¿Cuánto mayor por el contrario les resultaba de ganar las potestades, y aun ser recompensados de los escribas y de los fariseos, descubriendo ellos mismos la impostura? No teniendo ya nada que esperar de un hombre muerto que les ha engañado, ¿se hu-

bieran espuesto sin provecho alguno á los mas horrosos tormentos? *Decid que vinieron sus discípulos de noche y lo han robado estando vosotros durmiendo.* ¿Podian servirse los judíos de un artificio mas grosero, ni de una trapaceria mas marcada? A fuerza de quererla disfrazar, manifiestan mas su negra malicia. Porque al fin si los soldados se han dormido, ¿quién no ve que deben ser castigados por un descuido tan criminal? y si los discípulos, esto es, aquellos pobres, aquellos tímidos pescadores han sido tan atrevidos que han forzado el cuerpo de guardia; si han osado arrebatarse un cuerpo puesto en depósito bajo del sello público, ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué castigo se ha exigido de un crimen tan enorme? Se recompensa largamente la pretendida negligencia de los soldados, y no se dice una palabra á los que se les acusa de un crimen tan atroz. ¡Qué pruebas tan brillantes, dicen los Padres, son de la verdad de este misterio, la irregularidad de esta conducta, estas contradicciones, estos artificios, estas suposiciones é inútiles sutilezas! ¡Qué prueba tan incontestable de la divinidad de Jesucristo es la verdad de este gran misterio, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra religion que él ha establecido! Así es que en virtud de la seguridad y de la fe de esta resurreccion tan milagrosa del Salvador, el cristianismo se ha multiplicado, el Evangelio ha hecho en el mundo progresos infinitos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta los últimos confines del mundo. Jamás predicaban los apóstoles á Jesucristo sin que produjesen su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermón que hizo S. Pedro en medio de Jerusalem cincuenta dias despues que Jesucristo habia resucitado, y por medio del que convirtió á tres mil judíos; en este sermón, repito, no habló de otra cosa que de este misterio, sin que ni un escriba, ni fariseo, ni sacerdote se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian altamente los apóstoles, es el que vosotros habeis crucificado, el que ha espirado en la cruz, y el que se ha resucitado á sí mismo despues de tres dias. La evidencia de esta resurreccion es la prueba evidente de todas las verdades de fe y la demostracion de todos los demás misterios. Puede decirse que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del zelo de los apóstoles se reducía á dar testimonio al público de la resurreccion del Salvador. Ellos no se califican al parecer mas que de testigos de la resurreccion del Señor. ¿Es necesario asociarse un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas? no se procura otra cosa sino que haya sido como ellos testigo de la resurreccion de

Jesucristo. Y en efecto, añade S. Lucas, todo el mundo se ren- dia á la fuerza de este testimonio. Toda la religion, todo el Evan- gelio están contenidos, por decirlo así, en este solo artículo de nuestra fe. ¿Jesucristo ha resucitado? Luego es el Hijo de Dios; luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado; sus pala- bras son oráculos de verdad; su Evangelio es la única regla de las costumbres; su Iglesia el único camino de la salud; su reli- gion la única religion verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este día. La fiesta de Pascua es la primera y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Igle- sia la ha mirado siempre en particular como el *día del Señor* por excelencia, y la ha consignado el nombre augusto de *Do- mingo*, despues de haber trasferido á ella todos los honores y los deberes del sábado que hasta entonces habia sido el día singularmente consagrado al Señor. No se ha contentado con circunscribir la solemnidad al día de la Resurreccion ni á los tér- minos de una octava ordinaria; ha querido que los regocijos es- pirituales de la fiesta continuasen los cincuenta días, que es lo que se llama tiempo pascual, y que durante el año, el primer día de la semana, que por esto ha ocupado el lugar del sábado, nos renovase la memoria del misterio de la Resurreccion, ce- lebrase en algun modo la solemnidad, y cada domingo fuese co- mo la octava perpetua de la fiesta de Pascua.

San Basilio dice que la fiesta de Pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo menos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. Otros santos Padres la llaman la fiesta de las fiestas. La fiesta de Pascua, dice S. Gre- gorio Nacianceno, es tan superior á todas las demás fiestas del Señor, como estas son superiores á las fiestas de los santos; y el papa S. Leon queriéndonos dar una justa idea de esta gran so- lemnidad, dice, que entre todos los días que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay ninguno mas au- gusto ni mas excelente que el de la fiesta de Pascua, de la cual reciben su dignidad, y por decirlo así su consagracion todas las demás solemnidades de la Iglesia. Conforme á este espíritu, en los ocho ó nueve primeros siglos, la semana entera de Pascua se componia de tantas fiestas como días; y propiamente no era mas que una sola fiesta solemne y festejada que duraba ocho días. El concilio segundo de Macon celebrado en el año 585 renueva es- presamente, y recomienda de un modo singular la cesacion del trabajo y de toda obra servil durante los seis días que siguen al domingo de Pascua, no debiendo emplearse este por los fieles

mas que en celebrar con devocion y con una santa alegría el triunfo de nuestro Redentor, y darle gracias por el beneficio de la redencion. *Ninguno, durante estos seis dias tan santos, dice el Concilio, se atreva á hacer obra alguna servil, sino antes bien, reunidos todos juntos en la iglesia, no cesen de celebrar con alegría por medio de himnos y cánticos la fiesta de Pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio no cesemos de ala- bar y dar gracias á nuestro Salvador, singularmente por la ma- ñana, á mediodia y la noche. (Can. 2.)* Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo ix, despues de haber ordenado en su Capi- tular que se comulgase el Jueves santo, quiere que se comulgue tambien todos los días de la semana de Pascua. El concilio de Maguncia, año de 813, ordena cuasi lo mismo. (*Can. 41.*) El de Meaux en 845 amenaza hasta con excomunion á los que violasen la santidad y la solemnidad de estos ocho días. (*Can. 77.*) En fin, el concilio de Engelheim en Alemania renovó en el siglo siguiente el mismo decreto en orden á la celebracion de estos ocho días de solemnidad (*Can. 97*), y hasta el principio del siglo xi no se redujeron estos ocho días de fiesta á solos tres.

Siendo la fiesta de Pascua no solo la mas solemne de las fies- tas de la Iglesia, sino tambien la época célebre que fija el tiem- po de todas las demás, era necesario que se celebrase el mismo día en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su pascua el 14 de la luna de marzo en memoria de su libertad de la cautividad de Egipto. La Iglesia celebra la Pascua en memoria de la resurreccion del Salvador el domingo despues del plenilu- nio de marzo, el cual cae inmediatamente despues del equinoccio de la primavera, conformándose con el concilio de Nicea, á fin de no encontrarse con los judíos.

Antes del concilio de Nicea celebrado el año de 325, los cristianos del Asia celebraban la Pascua el día 14 de la luna, en cuyo día habia sido Cristo crucificado, mientras que en el Occi- dente no se celebraba sino el domingo. Esta diferencia de usos escitó á mediados del siglo ii grandes cuestiones entre los occiden- tales y los asiáticos; pretendiendo éstos que debia celebrarse la Pascua el día 14 de la luna de marzo como los judíos, lo cual hizo que se les llamase *cuarto-decimanos*; y sosteniendo aquéllos que no debia celebrarse sino en el domingo. El papa Victor ame- nazó separar de su comunion á las iglesias de Asia que se obsti- naban en conformarse con los judíos. Terminóse en fin este de- bate por el célebre concilio Euménico de Nicea, que declaró que la Pascua debia celebrarse en toda la Iglesia el domingo despues del 14 de la luna de marzo, esto es, el domingo despues de la

luna llena, que concurre precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente despues de este equinoccio, el cual se fijó desde entonces invariablemente al 21 de marzo, y de aquí viene la variacion del día de Pascua, porque la luna cuyo día 14 cae en el equinoccio pertenece al mes precedente, y el 14 de la luna de marzo es siempre el que se halla en el equinoccio, ó inmediatamente despues del equinoccio; de consiguiente como el primer día de esta luna se encuentra constantemente entre el 8 de marzo y el 5 de abril, la Pascua nunca puede subir mas arriba del 22 de marzo, ni retrasarse mas allá del 25 de abril; en este intervalo es en el que rueda necesariamente.

Es sabido que el nombre de Pascua viene de la palabra hebrea *Pesach*, que significa pasaje, y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida de Egipto, y el paso del ángel exterminador, el cual viendo la sangre del cordero pascual sobre las puertas de los israelitas pasaba sin hacerles ningun mal, al mismo tiempo que entraba en las casas de los egipcios para quitar la vida á todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos la palabra Pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual y con relacion al misterio, del cual no era mas que la figura el paso del ángel y de los hebreos. Propiamente significa el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo; de la servidumbre del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los cristianos; de la ley antigua á la ley nueva, y del desierto de esta vida, dicen los Padres, á la verdadera tierra prometida que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y especialmente en muchas comunidades religiosas, se trata de honrar hoy el momento glorioso en que Jesucristo resucitó, con procesiones que se hacen al amanecer al rededor de las iglesias, ó en los baptisterios, y con la misa de resurreccion que se celebra en un altar levantado fuera de la iglesia, para honrar la santa solicitud de las tres Marias que antes del día fueron al sepulcro del Salvador. Los griegos y los orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, ya que la aurora comienza á esclarecer, se van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecturas se canta un cántico de la resurreccion, durante el cual el sacerdote oficiante besa la imágen de Jesucristo resucitado; la da en seguida á besar al mas respetable del concurso, el cual la comunica al siguiente, y así de uno en otro. Las mujeres hacen lo mismo en su estrado, y esta santa ceremonia pasa hasta los niños. El que

la da á besar dice: *Jesucristo ha resucitado*; el que la recibe responde: *Verdaderamente ha resucitado*. No solamente en la iglesia era en donde se daba esta señal de alegría cristiana; en todos estos tres días no se saludaba de otro modo en las calles y en las casas. En Occidente se observaba la misma ceremonia. Para saludarse, se decia: *El Señor ha resucitado verdaderamente*; y se respondia: *Rindamos á Dios eternas acciones de gracias*. Servíanse de esta ocasion para reconciliarse por el beso de paz, que estaba muy en uso. En lo sucesivo no se dió este beso mas que en la misa, hasta que por último se ha reducido á solos los ministros del altar y á los clérigos. El himno ó cántico de regocijo mas comun que se cantaba en las procesiones que se hacian al amanecer, comenzaba por estas palabras: *Salve día festivo...* cuyo primer dístico era intercalar, como el *Gloria alabanza...* del domingo de Ramos, y el *Cruz fiel...* del Viernes santo. En fin todo está lleno de una santa alegría, todo inspira en el oficio pascual aquel santo regocijo de que la Iglesia está penetrada. Salmos, himnos, cánticos, antífonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este día, y el mas interesante y el mas consolador de los misterios. Esto es lo que ha hecho decir á S. Gregorio que la fiesta de Pascua es no solo la primera y la mas interesante de todas, sino que es tambien la solemnidad de las solemnidades, porque abriéndonos el cielo nos hace gozar anticipadamente, por la fe, por la esperanza y por la caridad, de los regocijos celestiales. Nada extraño debe sernos que la Iglesia celebre con tanta solemnidad un misterio que mira no solo como el fundamento de nuestra fe, sino tambien como la causa y el símbolo de la vida eterna y bienaventurada que es el objeto de nuestra esperanza. La Cuaresma que ha servido de preparacion á esta fiesta, era la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos llevar en este lugar de destierro; la fiesta de Pascua representa la vida gloriosa que debe ser la recompensa de la vida presente. Por esto la Iglesia en todo el oficio de esta semana entra ya en espíritu en la patria celestial. No quiere alabar á su Dios con los himnos ordinarios; en lugar del himno repite sin cesar la *Alleluia* que cantan eternamente los bienaventurados en la gloria, dice S. Juan. *Yo oí, añade, como la voz de muchas turbas en el cielo, que decian ALLELUYA. A nuestro Dios es á quien pertenece la cualidad de Salvador, la gloria y el poder. Así sea, ALLELUYA. Cantad incesantemente alabanzas á nuestro Dios, vosotros que sois sus siervos. ALLELUYA, y repetían: ALLELUYA; porque el Señor nuestro Dios omnipotente ha tomado posesion de su reino. Rego-*

cijémonos, hagamos resaltar nuestra alegría, y rindámosle la gloria. He aquí, según S. Juan, lo que pasa en el cielo, y esto es lo que la Iglesia trata de imitar en la tierra con esta frecuente repetición de la palabra ALLELUIA durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este día está tomado del salmo 138. Habla Jesucristo á su Padre en el día de su triunfo: *Yo he resucitado, le dice, sin haber jamás dejado de estar contigo: alabanza á nuestro Dios. Has estendido tu mano sobre mí, jamás se ha ostentado tu poder infinito en mí con mas brillantez que en el triunfo de mi resurrección. Gloria eterna te sea dada; tu ciencia se ha hecho admirar; alabad á Dios, si, no ceséis de cantar en su honor cánticos de alabanza.* Como no hay otro que tú, Señor, que me conozca perfectamente, dice el Salvador; como no hay ninguno sino yo que conozca perfectamente lo que tú eres, tu poder infinito, tus divinas perfecciones y tu esencia; tú has hecho conocer en este día lo que yo soy: tú has conocido mi muerte y mi resurrección. Tú has conocido el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia; y no ignoras que en virtud del mismo divino poder que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La Epístola de la misa de este día se ha tomado de la primera carta que S. Pablo escribió á los corintios. Hermanos míos, les dice, desprendeos de la antigua levadura para que lleguéis á ser una pasta nueva. Acababa el santo Apóstol de reprender á los fieles de Corinto, porque toleraban entre ellos á un incestuoso público, que él mismo entregó á Satanás y escomulgó, á fin de que en adelante, estando separado del cuerpo de la Iglesia, como un miembro dañado, no tuviesen ningun comercio con él. ¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura echa á perder la masa entera? y tomando de aquí ocasion para hacerles comprender cuál es la pureza y la inocencia que Dios exige de todos los cristianos, cortando del cuerpo de la Iglesia el miembro podrido, les dice: Sabed que debeis alejar toda inmundicia de vuestro corazón, para que así esteis puros y sin tacha, tales como deben ser los cristianos purificados y reengendrados por el bautismo, que tienen la dicha de celebrar una Pascua continua, en la que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos, pues, en estado de participar de este celestial banquete por medio de una vida pura é inocente, y enteramente diversa de la que llevábamos antes de nuestra regeneración. El Apóstol, dice un sabio intérprete, hace aquí una alusión continua á lo que practicaban los judíos antes de comer el cordero pascual. Con el cuidado mas

escrupuloso purgaban su casa de toda levadura y de todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha el alma. Los judíos tenían por manchada toda una masa de pasta por poca levadura que se le mezclase durante los siete días de Pascua. Había pasado esto como proverbio para significar que las compañías mas santas perdían su reputación, y se ponían á riesgo de ver introducirse muy pronto en ellas el desorden, luego que sufrían impunemente consigo gentes de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta espresión, *Epulemur*, celebremos nuestro banquete, no significa un banquete ó una acción particular, para la cual exija S. Pablo de los cristianos esta virtud y esta pureza tan exacta; significa todo el tiempo de la vida, el cual todo debe pasarse en la inocencia y la santidad. Entiéndese tambien de la comunión pascual. *Epulemur*: Hagamos la Pascua cristiana, comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero cordero Pascual, no con la vieja levadura, con las disposiciones viciosas con que estabais antes de haber abrazado la fe, y haber sido despojados del hombre viejo, para revestiros del nuevo. Acercaos si á la sagrada mesa, comed el Cordero divino que se ha inmolado por nosotros; pero comedle con las disposiciones que pide un alimento tan santo, con un corazón puro, una fe viva, una conciencia limpia, y con la ropa nupcial que es la que indica una pureza tan grande.

El Evangelio de la misa de este día contiene en compendio toda la historia del misterio.

Pasado el Sábado que habia comenzado el Viernes santo á las seis de la tarde, y habia durado hasta el Sábado á la misma hora, María Magdalena, María, madre de Santiago el menor, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, no habiendo podido acabar de preparar el Viernes por la tarde todas las drogas aromáticas de que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, según la costumbre de los judíos, no bien hubo concluido el sábado, cuando por la tarde fueron á acabar de proveerse de lo que les era necesario para ir al otro día por la mañana al sepulcro. Impacientes de rendir este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalem al amanecer, y cerca de la salida del sol llegan al sepulcro. Cuando se acercaban á él, se dijeron unas á otras: ¿Y quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? ellas habian sido testigos del trabajo que les habia costado á muchos hombres el removerla y traerla rodando para cerrar la entrada del sepulcro. Si estas santas mujeres hubiesen tenido menos amor á Jesucristo, la dificultad que se les ofrecía las hubiera detenido en su casa; pero cuando se ama ver-